

SANTO DOMINGO

*Puede llegarse a ser un santo sin Dios; ese es el
único problema verdadero que conozco hoy día.*

ALBERT CAMUS

Personajes

Hombre / Miguel

Mujer / Luisa

Novio / Pedro

Novia / Sofía

1ª Señora / Mª Teresa

2ª Señora / Mª Isabel

Hombre con chándal / Carlos del Manzano

Niño / Juan

PRIMER CASO

(El nominativo)

Secuencia 1

Paseo marítimo con balaustrada. Detrás—invisible para los espectadores— la playa y el mar. Entra un hombre, vestido de entretiempos, se detiene en la balaustrada y mira hacia el fondo de la escena. Desde allí comienzan a escucharse los sonidos del mar. Poco después entra una mujer, se para en la balaustrada y mira también hacia el fondo. Permanecen un tiempo así.

MUJER— (*Mira al Hombre.*) ¡Oiga!

HOMBRE— (*Mira brevemente a la Mujer, después en dirección contraria a ella como si se tratase de una confusión.*)

MUJER— ¡No, no, usted!

HOMBRE— (*Vuelve a mirar a la Mujer.*)

MUJER— Usted, sí. No hay nadie más. ¿Tiene hora? La hora, ¿me entiende?
(*Insegura.*) ¿La hora? (*Señala su muñeca.*) No entiende, ¿verdad?

HOMBRE— Sí, sí que la entiendo, pero no, lo siento.

MUJER— ¿Perdone?

HOMBRE— Que no llevo reloj. Lo siento.

MUJER— Ah, sí. Pero sí me entiende.

HOMBRE— (*Indeciso.*) Sí.

MUJER— (*Mira en dirección contraria al Hombre.*)

HOMBRE— ¿Está esperando a alguien?

MUJER— (*Vuelve a mirar al Hombre.*) No, no, a nadie.

Tiempo.

MUJER— Usted no es de aquí, ¿verdad?

HOMBRE— No.

Tiempo.

MUJER— Es que, le he visto ya más veces. (*Mientras habla, desaparecen los sonidos del mar.*) Me fijo en la gente que pasa por aquí, ¿sabe? Tampoco hay tanta en esta época del año. (*Después de una pausa.*) Le gusta dar paseos, ¿verdad? Le gusta mirar.

HOMBRE— Sí, mucho.

MUJER— Sí, porque últimamente le he visto a menudo, paseándose por aquí o sentado en algún lugar. Mirando.

HOMBRE— (*Sonriente.*) Usted se fija mucho.

MUJER— (*Ídem.*) A mí también me gusta observar.

Silencio.

MUJER— Entonces, nada... Me llamo Luisa.

HOMBRE— (*Le ofrece la mano, distraído.*) Muy bien. Encantado.

LUISA— (*Insegura.*) Bueno... (*Se dispone a marchar, tímida.*) Adiós.

HOMBRE— (*Persiguiéndola con la mirada, casi como una pregunta.*) Adiós.

LUISA— (*Desaparece.*)

HOMBRE— (*Vuelve a mirar hacia el fondo.*)

El Hombre se queda un rato en esta posición. Oscurece. Mientras tanto, vuelven los sonidos del mar. Se oyen un tiempo desde la oscuridad.

Secuencia 2

Otra parte del mismo paseo marítimo, indicado, por ejemplo, por una papelería en la balaustrada, o un cartel, la parte inferior de una farola, un banco, una escultura, etc. Desde lejos, los sonidos del mar. Se oyen gritos y risas de niños jugando en la playa. Dos señoras mayores cruzan la escena.

1ª SEÑORA— ¡A mí me encanta! Todos estos líos y escándalos...

2ª SEÑORA— ¿Y la corrupción? Al fin y al cabo, todos están metidos en algo.

¡Todos y todas!

1ª SEÑORA— ¡Me encanta!

2ª SEÑORA— No, yo, lo miro, y nada... Pienso en otras cosas.

Salta desde la playa una pelota al paseo y hasta la sala. Las dos señoras se detienen y miran donde ha ido a parar la pelota.

2ª SEÑORA— Anda, ¡qué disparo!

1ª SEÑORA— *(Asustada.)* Pues, no sé... Podrían tener un poco más de cuidado, ¿no?
(Se acerca a la baranda y mira hacia la playa.)

2ª SEÑORA— *(Sigue andando. Antes de desaparecer se da la vuelta.)* ¡No te quedes ahí! ¡A lo mejor tienen otra!

1ª SEÑORA— *(Va en dirección a la 2ª.)*

2ª SEÑORA— *(Meneando la cabeza.)* A veces no te entiendo.

1ª SEÑORA— Ya.

Desaparecen las dos señoras. Poco después entra un niño e intenta recuperar la pelota. El Niño se va, dando —en caso de éxito— las gracias. Oscurece. Desde lejos el mar y los gritos de los niños en la playa. Silencio.

Secuencia 3

Otra parte del paseo marítimo. Entra una pareja.

NOVIO— No sé qué decirte. Si encontraras a la persona adecuada... Pero así, sin recomendaciones... No sé.

NOVIA— *(Casi como una pregunta.)* Igual tengo suerte.

NOVIO— Sí, igual. Pero si no... En todo caso te saldría muy caro. Para cuando sepas si te sirve de algo o no te habrás gastado una fortuna.

NOVIA— Ya, ya lo sé. *(Después de una pausa.)* Tú no conoces a nadie a quien preguntar, ¿verdad?

NOVIO— *(Prudente.)* ¿Has hablado ya con tus padres?

NOVIA— *(Espantada.)* ¿Con mis padres?

NOVIO— Sí.

NOVIA— (*Furiosa.*) ¡Pero Pedro! ¿De qué me estás hablando ahora?

PEDRO— De tus papás.

NOVIA— (*Menea la cabeza.*) ¡Es increíble! (*Se va a la baranda y mira hacia el fondo.*)

Silencio.

PEDRO— (*Intenta pasarle el brazo por el hombro.*)

NOVIA— (*Dándose la vuelta.*) ¡No, déjame!

Silencio.

NOVIA— Tú tampoco me comprendes. (*Después de una pausa.*) Tú sabes cómo son mis padres. Son los últimos con los que podría hablar. ¡Los últimos! ¡Viven en la Edad Media!

PEDRO— (*Paciente.*) ¿Y quién lo va a pagar si no?

NOVIA— (*Agresiva.*) ¡De eso no te preocupes tú! Además, no estoy hablando del dinero. Quería saber si tú, en mi lugar, lo harías o no. Y punto.

PEDRO— (*La mira. Suave.*) No estoy en tu lugar.

NOVIA— Gracias. ¡Gracias por decírmelo! ¡Muchísimas gracias! (*Se va.*)

PEDRO— Oye, ¡por favor! (*Después de unos segundos va detrás de ella.*)

Oscurece.

Secuencia 4

En otra parte del paseo. Se escuchan los sonidos del mar. Junto a la baranda, un hombre vestido con chándal y zapatillas de deporte, cambiando la cinta de su walkman. Se pone los auriculares y se va. Las dos señoras cruzan la escena, una detrás de la otra. Poco antes de su desaparición entran Pedro y la Novia.

NOVIA— *(Se apoya de espaldas en la baranda, mira en la dirección por donde acaban de desaparecer las dos señoras, después a Pedro, que se sienta.)*

PEDRO— *(Mira al suelo, rascándose la oreja.)*

Tiempo. Pedro levanta la cabeza y los dos se miran. Desaparecen los sonidos del mar.

PEDRO— Qué.

NOVIA— *(Mira otra vez en dirección a las dos señoras.)*

PEDRO— *(Baja la cabeza.)*

NOVIA— *(Le mira y se da la vuelta.)*

PEDRO— *(La mira. Conciliador.)* Oye, Sofía...

SOFÍA— *(Se da la vuelta y le mira.)*

PEDRO— *(Levantándose, inseguro.)* Por qué no cogemos el coche y nos vamos un poco a las afueras, al campo. Hace un día muy bonito y me da pena perderlo así. Nos echamos en algún sitio agradable y... *(Se queda callado.)*

SOFÍA— Y qué.

PEDRO— No sé, igual... *(Agotado.)* No sé. A veces me entran unas ganas de tirarme en la tierra y revolcarme como... *(Casi imperceptible.)* ¡como un perro! *(Se va a la baranda.)*

SOFÍA— *(Inofensiva.)* Échate aquí, si quieres, en la arena.

PEDRO— *(No se inmuta.)*

Silencio.

SOFÍA— *(Mirando hacia arriba.)* ¡Con el tiempo que llevo queriendo salir de aquí!, ¡aunque fuera solamente por un día o un fin de semana! *(Hace una pausa y le mira.)* ¿No te das cuenta de que te lo llevo pidiendo desde hace meses? ¡Hace meses que te lo pido! ¿Y tú? Ni caso. ¡Ni caso! Y ahora, de repente... ¿Me puedes mirar a la cara, por favor? ¿Me puedes mirar cuando hablo contigo? Gracias. A veces creo que ni tú te das cuenta. No te das cuenta de que no estás solo en el mundo, sino que hay gente a tu alrededor, gente con intereses muy diferentes a los tuyos, con sensibilidades bien distintas, y a veces, ¿me entiendes?, a veces me pregunto qué coño estás pensando cuando me miras a mí, a quién estás viendo cuando me miras con esta cara de... ¡de perro! Es que,

¿me ves? ¿Me estás viendo? ¿Estás seguro de que me ves realmente a mí y no a otra, no a otra persona, sino a mí?, ¿a mí, a mí, y a nadie más que a mí, Sofía López Urriaga?

PEDRO— *(Con calma.)* Pero ahora soy yo quien quiere salir de aquí. ¿No será que estoy mejorando?

SOFÍA— Sí, ¡tú, tú, siempre tú!, como si no hubiera nadie más en el mundo. *(Pausa.)*
Pues, vale, entonces... *(Como si fueran preguntas.)* Hazlo. Vete.

PEDRO— Pero sin mí.

SOFÍA— ¿Cómo?

PEDRO— ¿No querías decir eso?

SOFÍA— No, no te equivoques, ¡eso es lo que a ti te gustaría oír! *(Después de una pausa.)* Mira, Pedro, estoy harta. Todavía estamos a tiempo...

PEDRO— Sí. *(Imitándola.)* «...estamos a tiempo para dejarlo todo, si quieres. Todavía no tenemos ningún tipo de compromiso, tú y yo, y...» Ya me lo sé.

SOFÍA— *(Bajando la mirada, triste.)* Sí, ninguno. Aparte... *(Casi como una pregunta.)* Aparte de que nos conocemos. *(Después de una pausa corta le mira, suave.)* ¡Nos conocemos tanto!

PEDRO— *(La mira un instante, triste.)* Y eso, ¿qué quiere decir?

SOFÍA— *(Baja la mirada, lenta.)* Nada. Que tenemos la culpa.

PEDRO— ¿La culpa? *(Mientras vuelve a mirar a la playa.)* ¡Qué va!

Silencio.

SOFÍA— Sí, sí que tenemos la culpa. La tenemos porque... porque sí.

Salta, desde la playa, otra pelota al paseo. Pedro la coge en el aire, a la vez y de golpe vuelven los sonidos del mar y los de la playa. Pedro empieza a regatear con el balón mientras baja lentamente la luz. Los sonidos siguen.

Secuencia 5

Otra parte del paseo. Entran las dos señoras, una detrás de la otra.

1ª SEÑORA— (*Apareciendo.*) ¡Por favor, espera, no corras tanto!

2ª SEÑORA— (*Se para y la espera en medio de la escena.*)

1ª SEÑORA— (*Llegando.*) ¡Qué marcha llevas!

2ª SEÑORA— Ya hemos pasado mucho tiempo sentadas en el tren.

1ª SEÑORA— Tampoco es que me quiera sentar pero, no sé, corres como huyendo de algo.

2ª SEÑORA— La verdad es que... (*Mira un instante hacia la playa.*) No, no estoy cómoda del todo.

1ª SEÑORA— (*Tranquilizándola.*) Pero mira, estamos en la playa, en una de las playas más bonitas de la zona, hace un día espléndido para esta época del año, y hay muy poca gente, mucha menos que en otros fines de...

Salta un pequeño cubo con agua y arena al paseo. Las dos señoras lanzan un grito agudo.

2ª SEÑORA— (*Tapándose la cara con las manos, histérica.*) ¡Mira! ¡Ya ves! ¡Ya ves!

1ª SEÑORA— (*Acercándose a la baranda, enfadada.*) ¡Ya está bien! ¡Ya está bien, digo! ¿Me oís? (*Coge el cubo de plástico y lo vuelve a tirar a la playa.*) ¡Hacedme caso, eh!

Han desaparecido los sonidos del mar y los de la playa. La 1ª Señora vuelve a la 2ª y la coge por el brazo.

1ª SEÑORA— ¡Tranquila, Maribel, tranquila! No pasa nada, no pasa absolutamente nada.

Mª ISABEL— (*Llorona.*) Claro, ¡nunca pasa nada!, ¡si fuera por ti nunca pasaría nada! ¡Nunca, nunca jamás! ¡Es típico! ¡Típico tuyo!

1ª SEÑORA— ¡No te enfades, no te enfades!

Entra el Hombre de la primera secuencia y cruza lentamente el escenario. Las dos Señoras le miran inmóviles. A su altura, el Hombre se para.

HOMBRE— (*Preocupado.*) ¿Ha pasado algo?

Mª ISABEL— (*Lenta.*) No, tranquilo. (*Respira.*) Nada.

HOMBRE— ¿Seguro?

1ª SEÑORA— Sí, segurísimo. Muchas gracias, muy amable.

HOMBRE— (*Confuso.*) Bueno... Buenas tardes. (*Se va.*)

1ª SEÑORA— Buenas tardes.

Ensimismadas e inmóviles, una al lado de la otra, las dos señoras se quedan mirando hacia la sala. Silencio.

1ª SEÑORA— (*Misteriosa.*) ¿No te suena de algo su cara? (*Pausa.*) ¡A mí sí!

Silencio.

Mª ISABEL— ¿Maite?

Mª TERESA— ¿Sí?

Mª ISABEL— ¿Nos vamos?

Mª TERESA— (*Ausente.*) Sí.

Las dos siguen inmóviles. Vuelven los sonidos del mar, cuyo volumen aumenta mientras oscurece. Se oyen un tiempo con gran intensidad desde lo oscuro.

Luego desaparecen.

Telón.

SEGUNDO CASO

(El acusativo)

El mismo día, en otro tramo del paseo. Los sonidos del mar, desde lejos. El Hombre, sentado de espaldas al público, mira hacia el fondo de la escena. Algo más tarde, Luisa cruza lentamente el escenario, procurando no mirar en dirección al Hombre. El Hombre se levanta y va a la baranda.

HOMBRE— *(Dándose la vuelta.)* Hola.

LUISA— *(Ídem.)* Ah, usted.

HOMBRE— *(Con una sonrisa.)* Sí, ¿qué tal?

LUISA— Bien, gracias. ¿Y usted?

HOMBRE— Bien. Bien.

LUISA— *(Después de una breve pausa.)* ¿Se ha dado cuenta? *(Hacia arriba.)* Ya está. Se ha nublado del todo.

HOMBRE— *(Mira también hacia arriba.)* Sí, algo.

LUISA— Son estas nubes típicas de la época. Un cielo azul azul y, de repente, esta capa alta de nubes. Uno se pregunta cómo se forman con tanta rapidez. *(Mira un instante al Hombre.)* ¿No es extraño? *(Otra vez hacia arriba.)* Como una sábana.

Han desaparecido los sonidos del mar.

HOMBRE— *(La mira.)* Sí. Ha cambiado la luz.

LUISA— *(Le mira.)* Sí. Los colores y todo.

Los dos bajan las miradas al suelo y las suben mirando en direcciones contrarias. Silencio.

HOMBRE— Bueno, voy a seguir.

LUISA— Sí, yo también.

Silencio. Se miran.

HOMBRE— Ya nos...

LUISA— *(Simultáneamente.)* ¿Y usted...? *(Sonriente.)* Perdón.

HOMBRE— No, no, diga.

LUISA— No, no era nada. Solamente quería preguntar si es la primera vez que está aquí.

HOMBRE— Sí, no había estado nunca.

LUISA— Y ¿le gusta?

HOMBRE— Sí, mucho. Me gusta mucho.

LUISA— *(Sonriente.)* Me alegra.

HOMBRE— Usted es de aquí.

LUISA— Sí, yo soy de aquí.

HOMBRE— *(Sonriente.)* De toda la vida.

LUISA— *(Ídem.)* Sí. *(Seria.)* No he viajado mucho hasta ahora. Muy poco. Conozco Salamanca, Ávila, esa zona. Mi padre es de allí. Madrid, Barcelona; Extremadura un poco. Pero no, nada, siempre he estado aquí. Tampoco he echado mucho en falta viajar. Hasta ahora, por lo menos, no. *(Pensándose.)* No.

HOMBRE— Ya. Ya me imagino que uno no siente mucha necesidad de ir a otros sitios, siendo de aquí.

LUISA— ¿Por qué?

HOMBRE— Por qué, no sé... porque la gente... *(Mira un instante hacia el fondo.)* Aquí tienes esto. Algo que te sujeta. Algo adonde mirar.

LUISA— El mar.

HOMBRE— Sí, un horizonte, todo.

LUISA— Pero no se crea, la gente no lo ve. Es difícil ver algo que conoces tanto. Uno se acostumbra y... Igual es por eso que me fijo tanto en la gente que no es de aquí. A través de ellos disfruto de lo que ellos disfrutan, de lo mío, de donde soy yo. Si no, seguro que también necesitaría viajar. Por cierto, todavía no sé tu nombre.

Entra el Hombre con chándal haciendo footing y cruza el escenario pasando entre los dos.

LUISA— *(Mira un instante en la dirección por donde acaba de desaparecer el Hombre con chándal.)* Qué deporte más estúpido.

Silencio.

LUISA— Bueno, le estoy entreteniendo.

HOMBRE— (*Poco convincente.*) No, no, para nada.

LUISA— (*Tocándose la frente.*) Pues, no sé.

Silencio breve.

HOMBRE— No, mire, yo, lo que tengo ahora, es tiempo. Así que... (*Se queda callado.*)

LUISA— Está bien. Pero, un día, no sé... Un día igual hasta le va a sobrar.

HOMBRE— ¿Cómo?

LUISA— No, quiero decir que aquí... Aquí no pasan grandes cosas, ¿sabe?

HOMBRE— Sí, pero, quién sabe si no es justo eso lo que estaba buscando: que no pasen grandes cosas. (*Sonríe.*)

LUISA— (*Decepcionada.*) Entonces está bien.

Silencio. El Hombre, que acaba de apoyarse de espaldas en la baranda, cruza los brazos y mira sus pies. Luisa, unos pasos más allá, se pone también en la baranda y mira hacia la playa.

LUISA— (*Mira un instante al Hombre.*) ¿Cuánto tiempo lleva ya aquí? ¿Dos semanas?

HOMBRE— (*Ídem.*) Más. Un mes, casi.

Los dos vuelven a mirar a la playa y al suelo, respectivamente. Silencio. Entra Sofía.

SOFÍA— (*Parándose, sorprendida.*) ¡Luisa!

LUISA— (*Se da la vuelta, ídem.*) ¡Anda, Sofía! ¿Qué tal? ¿Cómo va todo? (*Le da dos besos.*)

SOFÍA— (*Acompañando cada beso con una pregunta.*) ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

LUISA— Bien, ¿y tú?

SOFÍA— Bien, muy bien... vamos...

LUISA— ¿Y Pedro?

SOFÍA— ¿Pedro? Nada, se ha ido.

LUISA— ¿Se ha ido? ¿Adónde?

SOFÍA— (*Con contenida furia.*) ¡Qué sé yo! Ha cogido el coche y... Nada, uno de sus ataques. Ya volverá. La verdad es que ya no me hacen ninguna gracia esos numeritos suyos. Ni me asustan casi. Te quedas un poco sorprendida, pero no, nada. Ya es algo patético, te lo juro. ¡Ridículo, totalmente ridículo!

LUISA— ¡Pobre! ¿No te da pena?

SOFÍA— Sí, ¡pobrecillo! (*Se ríen.*) Y tú, ¿qué cuentas?

LUISA— Nada, estaba dando un paseo y... (*Echa un vistazo al Hombre.*)

SOFÍA— (*Con una mirada de soslayo al Hombre, seria.*) Sí, ya, ya me imaginaba. (*Aparte.*) Sería también algo increíble que por una sola vez no se te pegase nadie. (*Dirigiéndose al Hombre, brusca.*) A ver, usted... A usted, por ejemplo, ¿qué le pasa? (*Con una risa alterada.*) No, quiero decir, ¿tiene algún problema? Sí, algún problema debe tener, ¿no?, porque si no, no se explica cómo...

LUISA— (*Mientras tanto, asombrada.*) ¡Pero, Sofía! ¡Sofía!

SOFÍA— (*Se encoge de hombros y meneala cabeza.*) ¡No, en serio te digo! (*Alternativamente a Luisa y al Hombre.*) ¡Este paseo mide cientos de metros en cada dirección, ¿y ese tío no tiene nada mejor que hacer que pegarse aquí, justo al lado nuestro?! ¡Te juro que yo no lo entiendo! En serio, ¿a ti te parece normal eso?

LUISA— (*Mientras tanto, rabiosa.*) ¡Oye, Sofía! ¿Por qué no escuchas primero? ¡Escúchame!

SOFÍA— (*Sigue.*) ¡Qué asco! Pero, ¡qué asco me da esta gente! ¡Como las moscas, enseguida están por ahí! ¡Vienen a la playa nada más que para ver culos y tetas, y mira, en un día como hoy —como por allí no hay nadie— pues, ya ves, se te pegan hasta a ti! ¡Es increíble! ¡Qué asco me dan estos mirones de la hostia! ¿Por qué no vas un poco más allá y nos dejas en paz? ¡En serio!

LUISA— (*Mientras tanto, enfadada.*) ¡Pero...! ¡Pero, tú estás loca! ¡Para! ¡Para! ¡Cállate! (*Fuerte.*) ¿Por qué no te callas de una vez?

SOFÍA— (*Arrogante.*) ¿Callarme? ¿Yo? ¿Para qué?

LUISA— ¡Para que te des cuenta!

SOFÍA— (*Desconcertada.*) ¿Cuenta de qué?

LUISA— De que... (*Echa otro vistazo al Hombre.*)

HOMBRE— De que somos amigos de la infancia.

SOFÍA— *(Insegura.)* ¿Cómo?

LUISA— *(Al Hombre, brusca.)* ¡Ahora no digas tonterías tú!

Entra, ahora desde el lado opuesto, el Hombre con chándal y cruza el escenario haciendo footing, chocando casi con Sofía.

LUISA— ¡Uf, lo que faltaba! *(Haciendo un gesto con la mano.)* ¡Este gilipollas otra vez!

El Hombre con chándal se para y vuelve a Luisa, respirando hondamente y quitándose los auriculares.

HOMBRE CON CHÁNDAL— ¿Cómo?

LUISA— *(Helada.)* ¿Qué?

HOMBRE CON CHÁNDAL— ¿Qué has dicho?

LUISA— Quién.

HOMBRE CON CHÁNDAL— Tú.

LUISA— ¿Yo? Nada.

HOMBRE CON CHÁNDAL— Sí, algo has dicho.

LUISA— No, no, estábamos hablando entre nosotros.

HOMBRE CON CHÁNDAL— Ah, sí, ¿eh?

LUISA— *(Temblando.)* Sí.

Silencio. Vuelven, desde muy lejos, los sonidos del mar.

SOFÍA— *(En voz baja.)* Oiga, déjela en paz, eh.

HOMBRE CON CHÁNDAL— *(Mira a Sofía.)* ¿Qué la deje en paz?

SOFÍA— Sí.

HOMBRE CON CHÁNDAL— ¿Y a ti, qué te importa? ¿Quién te dice que no la voy a dejar en paz, eh? Ha dicho algo de mí, y lo único que quiero yo, eh, es saber qué ha sido. *(Casi como una pregunta:)* ¡Y ya está! Quiero saber exactamente qué ha dicho. *(De nuevo a Luisa.)* Entonces, ¿qué? ¡Pues, venga, nena, no te pongas tímida ahora! ¡Tampoco te voy a partir la cara por eso, eh!

SOFÍA— De todas maneras, *(Refiriéndose al Hombre.)* debería tener en cuenta a este señor, que es su novio.

HOMBRE CON CHÁNDAL— *(Fuerte.)* ¡Tú, cállate!

SOFÍA— (*Aparte.*) ¡Anda, aquí no puedo hacer nada más que callarme todo el tiempo! (*Se pone en la baranda al lado de Luisa.*)

HOMBRE CON CHÁNDAL— (*A Luisa.*) ¡Venga, guapa, estoy esperando, eh!

Tiempo.

SOFÍA— (*En voz baja, hacia arriba.*) ¡Ay, qué aburrimiento!

HOMBRE CON CHÁNDAL— (*Acercándose algo más a Sofía.*) ¡Oye, tú, cuidado, eh! ¡Yo soy una persona muy tranquila! ¡Muy tranquila, eh! Pero cuando me tocan realmente los...

SOFÍA— (*Finge una risa contenida.*)

HOMBRE CON CHÁNDAL— ¡Sí, sí, tú, ríete, marrana! (*Después de una pausa corta, más tranquilo.*) Hasta mi madre siempre me decía: «Carlos del Manzano —me decía— ¡tú eres tan bueno que pareces tonto!» (*Pensándose.*) Sí, yo, ¡yo soy un santo, eh! (*A los tres.*) ¡Más que vosotros seguro!

Tiempo.

CARLOS DEL MANZANO— (*Rudo.*) ¡Y qué! ¡Ahora qué! ¿Eh?

SOFÍA— (*Prudente.*) Tu madre... (*Con una sonrisa hipócrita.*) Es muy buena persona, tu madre, ¿verdad?

CARLOS DEL MANZANO— (*Desconcertado.*) ¿Mi madre? Hombre, lo era. Lo era.

SOFÍA— ¡Ay, lo siento! (*Con una mirada de soslayo a Luisa.*) ¡Lo siento mucho!

CARLOS DEL MANZANO— Sí, sí, se murió, se murió. ¡A los sesenta y ocho años! Sí, sí. (*Pausa. Menea la cabeza.*) Tenía una sepi... una... septisepia, como decían los médicos, ¡pero fuerte, eh, muy fuerte!; galopante, vamos. (*Con una sonrisa amarga.*) ¡Y los médicos no se dieron cuenta antes, esos hijos de la gran puta! Se murió de un día para otro. (*Menea la cabeza.*) Sí, sí, de un día para otro, de un día para otro.

SOFÍA— (*Prudente.*) Bueno, pero mire, al menos, fue una muerte rápida, ¿no? Quiero decir que así uno no se martiriza tanto. Ya sé que esto tampoco es ningún consuelo, pero yo, por ejemplo, yo tenía un tío que tenía cáncer y él...

CARLOS DEL MANZANO— (*Ha bajado la cabeza.*)

SOFÍA— (*Mordiéndose los labios.*) No, nada. Ya sé. Eso no viene a cuento ahora. Ya lo sé.

Silencio. Los sonidos del mar han desaparecido.

SOFÍA— ¿Y cuándo pasó eso? No hace mucho, ¿verdad?

CARLOS DEL MANZANO— *(En voz baja.)* Hace menos de cuatro años.

Silencio.

CARLOS DEL MANZANO— ¡Era increíble, ella! ¡Increíble!

SOFÍA— Ya. Ya me lo creo. ¡Oye, lo siento, eh! *(Mira a los demás.)* Creo que lo sentimos todos.

LUISA— *(Insegura.)* Sí, mucho. Es realmente una pena que pasen esas cosas.

SOFÍA— Sí, sí.

Silencio.

SOFÍA— *(Prudente.)* Bueno...

CARLOS DEL MANZANO— *(Como despertando de su dolor, mira a lo largo de la playa. Confuso.)* Pues, nada, me faltan cuatro playas todavía.

SOFÍA— ¿Cuatro? ¡Es mucho, eh! ¿Cuántas haces?

CARLOS DEL MANZANO— *(La mira.)* ¿Cómo?

SOFÍA— ¿Cuántas playas sueles hacer?

CARLOS DEL MANZANO— Diez como mínimo. A veces hasta catorce.

SOFÍA— *(Exagerando.)* ¡Qué bien!

CARLOS DEL MANZANO— Pues, hay que cuidarse. Yo ya paso de cuarenta.

LUISA— *(Incrédula.)* ¿Playas?

CARLOS DEL MANZANO— No, no, años.

LUISA— Ah, ¡ya decía yo!

CARLOS DEL MANZANO— ¡No, no, qué va! Yo no conozco a nadie que haga tantas. Ni los más jóvenes.

SOFÍA— *(En tono de reproche a Luisa.)* ¡Claro que no!

Silencio.

CARLOS DEL MANZANO— *(Mirando a lo largo de la playa.)* Bueno...

SOFÍA— Nada...

CARLOS DEL MANZANO— *(Mirándolas a las dos.)* Entonces...

Silencio.

SOFÍA— (*Impaciente.*) Pues, nada...

CARLOS DEL MANZANO— De todas formas... (*Rascándose la cabeza, tímido.*)

¡Mucho gusto de conoceros, eh!

SOFÍA— ¡Igualmente! (*Se acerca a Carlos del Manzano y le despide dándole dos besos.*) Bueno, ¡hasta otra!

CARLOS DEL MANZANO— ¡Hasta otra!

LUISA— (*Imitando a Sofía le da también dos besos.*) ¡Encantada, eh! ¡Y adiós!

CARLOS DEL MANZANO— ¡Adiós! (*Pausa. Sonriente.*) Y, bueno, ¡hasta otra! ¡Ya nos veremos, eh! ¡Quedamos en contacto!

SOFÍA— Sí, claro.

LUISA— Seguro.

CARLOS DEL MANZANO— ¡Pues nada, eh! ¡Adiós!

LUISA— (*Impaciente.*) ¡Adiós!

SOFÍA— (*Mostrando los dientes.*) ¡Ciao! ¡Ciao!

Carlos del Manzano se va, poniéndose los auriculares. Luisa y Sofía le despiden haciendo señas. Silencio.

SOFÍA— ¡Bueno, por fin!

LUISA— Sí, menos mal. ¡Oye, qué tío, eh!

SOFÍA— Sí, ¡y siempre ese "eh" al cabo de cada frase, eh! (*Se tapa la boca con la mano.*) ¡Se contagia, eh!

LUISA— Sí, ¡qué horror!

SOFÍA— (*Después de una pausa se dirige al Hombre.*) Y tú, no has dicho nada.

HOMBRE— ¿Cómo?

SOFÍA— Sí, que no has dicho nada tú.

HOMBRE— Y qué.

SOFÍA— Nada, sólo que conste que no has hecho nada —¡pero nada de nada, eh!— para ayudarnos.

LUISA— Es verdad. Al final resultaba que este tipo no era tan agresivo como parecía, pero, no sé...

SOFÍA— Es que, es siempre lo mismo. Los tíos nunca os dais cuenta de lo que significa el simple hecho de ser físicamente más débil. Sólo eso. Imagínate tú que vas por la calle y sabes que en cualquier momento cualquiera de los tíos alrededor tiene la posibilidad de vencerte nada más que por su fuerza física. ¡Imagínate sólo eso! Es que, ¡es increíble! Te pueden violar, robar, matar... cualquier cosa. ¡Y tú no puedes hacer nada! ¡Eso es algo que vosotros nunca os imagináis!

LUISA— Sí, y además... *(Al Hombre.)* ¿Cuánto tiempo has dicho que llevas ya aquí?

HOMBRE— Casi un mes.

LUISA— Eso. Ya es algo, ¿no? *(En tono instructivo.)* Es que, yo no sé de dónde eres tú ni cómo funcionan las cosas allí, pero, ahora estás aquí, vives aquí e igual te quieres quedar; entonces, claro, tendrás también unas funciones dentro de esta sociedad en la que —y de la que— vives, quieras o no. No puedes quedarte siempre al margen, aprovechándote de las ventajas que te da esta sociedad y huyendo, a la vez, de sus exigencias. Hay reglas, reglas igual no escritas, eh, pero que funcionan siempre, siempre, independientemente de cualquier intento renovador de una sociedad. Son como eternas. Son las leyes básicas sin las que cualquier orden social dejaría de existir inmediatamente. *(Pausa. Insegura.)* Bueno, igual es un poco rollo ahora, en el que os estoy metiendo, pero es un tema que me interesa mucho. Además, *(Encogiéndose de hombros, con una sonrisa tímida y como si fuese una excusa:)* lo he estudiado.

HOMBRE— Pues, sí, vale, pero... *(Encantador.)* No sé, a mí, personalmente, me ha gustado más el tema de antes. El de las nubes.

SOFÍA— *(A Luisa.)* Sí, igual es un poco teórico lo que acabas de decir, pero creo que, en el fondo, pensamos lo mismo. Somos fuertes, muy fuertes a veces, más que los hombres, según en qué circunstancias. Pero por eso no dejamos de ser mujeres, eh, seguimos siendo atacables físicamente, por mucho que eso nos fastidie a nosotras mismas. *(Subrayándolo con el dedo índice elevado.)* ¡Ojo, eh! *(Baja la mano. A Luisa.)* Oye, esto es como un hipo, sale sin querer. Me fastidia mucho.

LUISA— Sí, es culpa de ese gilipollas.

SOFÍA— *(Llevando el índice a los labios.)* ¡Pssss! ¡Cuidado que no te oiga otra vez! *(Mira un instante en la dirección por la que Carlos del Manzano desapareció,*

después al Hombre.) Pues, a ver si la próxima vez podemos contar con una ayuda un poco más generosa. *(Después de una pausa breve.)* ¿Eh? *(Se tapa de nuevo la boca, casi imperceptible.)* ¡Joder, esto es horrible!

LUISA— No te preocupes, ya se nos irá.

SOFÍA— *(Con la mano en el pecho.)* ¡Ojalá! Si no, nos vamos a acordar de ese tío para siempre. ¿Te imaginas?

LUISA— ¡Jolín, nos tenemos que controlar, eh!

SOFÍA— *(Se echa a reír.)*

LUISA— Qué. ¿Qué pasa? ¿De qué te ríes ahora?

SOFÍA— *(Sigue riéndose.)* ¿No te has dado cuenta? ¡Otra vez! ¡Lo has dicho otra vez!

LUISA— ¡No, no, no puede ser! ¿De verdad? *(Mira un instante al Hombre que inclina la cabeza confirmándolo.)* ¡Ostras! ¡Pero, qué fuerte! ¡Qué fuerte es esto! *(Se echa también a reír.)*

Las dos se tranquilizan poco a poco. El Hombre las observa divirtiéndose. Mientras tanto, vuelven los sonidos del mar, desde lejos. Tiempo.

SOFÍA— *(Al Hombre.)* ¡Nos tienes que controlar tú! ¿Vale?

LUISA— *(Mirando a lo largo del paseo, seria.)* ¡Oye, Sofía! ¡Mira! ¿Ese no es Pedro, aquel chico de allí? Sí, ¿no?

SOFÍA— *(Mirando en la misma dirección, sorprendida.)* Es verdad. Sí, sí. *(Tras una vacilación minúscula empieza tímidamente a hacerle señas.)* Sí, sí, sí, sí, sí, es él. *(Haciendo señas más firmes.)* Sí, sí.

LUISA— ¿No me dijiste que se había ido?

SOFÍA— Sí, no sé. No sé qué ha pasado. Ya nos ha visto.

LUISA— *(Al Hombre.)* Ahora vas a conocer a Pedro, al novio de Sofía.

SOFÍA— *(A los dos, seria.)* Viene.

LUISA— *(Sigue al Hombre.)* Es que, ellos viven juntos. No están casados pero viven juntos. *(Después de una pausa corta, mirando alternativamente en la dirección desde la cual se está acercando Pedro y al Hombre.)* Mis padres nunca lo tolerarían. Bueno, los de Sofía tampoco lo toleran, pero al final, ¿qué van a hacer? Si tú ya trabajas y quieres hacerlo, pues, de hecho, ya no hay quien te lo impida. *(Sigue al Hombre, hablando cada vez más rápido.)* Pero bueno, Sofía

también es algo mayor, nos llevamos tres años. Casi cuatro. Así que, para mí también será cada vez más fácil hacer ese tipo de cosas, eso está más claro que el agua. Ya sé que en la ciudad todo eso es de lo más normal. Allí nadie se lo plantea realmente como un problema. Aquí sí. Para la gente de aquí las tradiciones todavía tienen mucha importancia. Demasiada quizá. Sí, seguro, aunque afirmar esto significa también simplificar mucho las cosas, viéndolas desde un punto de vista demasiado global y, desde luego, superficial. No desde dentro de la situación, quiero decir, no desde la óptica de la gente que sufre realmente este fenómeno. Me imagino que esto pasa siempre cuando uno no quiere realmente mojarse con una situación que le puede resultar de alguna manera... (*Gesticulando con ambas manos.*) desagradable, problemática, sea por lo que sea. Me sigues, ¿verdad? Desde luego, se trata de un problema mucho más complejo. Como siempre. Vamos a ver, vamos por partes. A ver, esto aquí no es un pueblo pero tampoco es una ciudad. Es una cosa rara. En verano, por ejemplo, viven aquí hasta diez veces más personas que en invierno. Es, sobre todo, gente de la ciudad, claro, y entonces este pueblo se parece también mucho más a una ciudad que a un pueblo aunque, en el fondo, claro, lo sigue siendo. Esta diferencia entre el campo y la ciudad es algo muy antiguo y a mí siempre me ha parecido algo que, de una u otra manera, seguirá existiendo siempre; siempre, a pesar de todo. (*Se interrumpe, tocándose la frente.*) ¡Dios mí, qué rollo tengo otra vez! ¡Pero, qué rollo! (*Menea la cabeza, baja la mano.*) Tú eres de la ciudad, ¿verdad? Al menos, lo pareces.

Pausa. Entra Pedro. Todos le miran. Tiempo. Desaparecen los sonidos del mar.

SOFÍA— (*Prudente.*) Hola.

PEDRO— (*Seco.*) Hola.

SOFÍA— Pensaba que te habías ido.

Silencio.

PEDRO— (*Mira a Luisa.*)

LUISA— (*Encantadora.*) ¡Hola, Pedro! (*Mira con satisfacción al Hombre.*)

PEDRO— (*Escéptico.*) Hola, ¿qué hay? (*Mira también al Hombre.*)

HOMBRE— (*Inclina ligeramente la cabeza, en tono interrogativo.*) Hola.

PEDRO— *(Casi imperceptible, seco.)* Hola.

LUISA— *(Al Hombre, sonriente.)* Este es Pedro.

HOMBRE— *(Ofreciendo la mano a Pedro, amable.)* Mucho gusto.

PEDRO— *(Se gira simultáneamente a Sofía y la mira seriamente, evitando de este modo el saludo por parte del Hombre.)*

SOFÍA— *(Con una sonrisa insegura.)* ¿Qué tal?

PEDRO— *(Mirándola fijamente.)* Muy bien. ¿Y tú?

SOFÍA— *(Intercambia una mirada con Luisa y vuelve a mirar a Pedro. En voz baja.)*
¿Estás enfadado?

Silencio. Sofía baja un momento la cabeza. Cuando la sube aparenta, de pronto, ligereza y alegría.

SOFÍA— ¡Pues, nada! *(Mirando otra vez a Luisa y al Hombre.)* Estábamos aquí charlando un ratito con este chico, que acabamos de conocer, y la verdad es que lo estamos pasando muy bien. ¿No? *(Vuelve a mirar a Pedro.)* Es que, como no sabía adónde te habías ido, me paseé un poquito. Ha sido por pura casualidad que me he encontrado después con Luisa y entonces hemos conocido a este chico, que es muy divertido.

PEDRO— *(A Luisa.)* Y tú, ¿también te lo estás pasando bien?

LUISA— *(Insegura, casi como una pregunta.)* Sí. *(Mirando a Sofía.)* ¿Por qué no?

PEDRO— *(En tono interrogativo.)* ¡No, no, pregunto, pregunto solamente, nada más!

SOFÍA— *(Maternal.)* Oye, no te pongas así, ¿vale?

PEDRO— *(Gritando.)* ¡Pero, tú, qué quieres! ¿Cómo quieres que me ponga yo?
(Después de una pausa pequeña.) ¿Eh?

Luisa y Sofía se tapan los oídos.

SOFÍA— ¡Ay, no! ¡No!

LUISA— *(A la vez.)* ¡No, no, por favor!

PEDRO— *(Desconcertado, a Luisa.)* ¿Qué pasa?

SOFÍA— ¡Nada, pero como justo lo estábamos superando...!

PEDRO— *(A Sofía.)* ¿Cómo?

SOFÍA— *(Riéndose.)* ¡No, nada! ¡No te preocupes, no te preocupes!

A Luisa y Sofía les entra un ataque de risa.

PEDRO— *(Las observa un momento, después se gira al Hombre. Inofensivo.)* Oye, ¿qué has hecho con estas dos? ¡Están más locas!

HOMBRE— *(En tono interrogativo, encogiéndose de hombros.)* No lo sé. Yo las conozco sólo así.

LUISA— *(Riéndose.)* ¡Qué fuerte! ¡Pero, qué fuerte!

SOFÍA— *(Ídem.)* ¡Sí, sí!

Bajo las suplicantes miradas de los dos hombres, Luisa y Sofía se tranquilizan poco a poco.

SOFÍA— ¡Ya vale! ¡Ya!

LUISA— ¡Ay, qué bueno!

Mientras tanto, M^a Isabel y M^a Teresa cruzan lentamente el escenario, una detrás de la otra. M^a Teresa se para y mira, ostensivamente, a los cuatro jóvenes. M^a Isabel, justo antes de desaparecer, se da la vuelta.

M^a ISABEL— *(En voz aguda.)* ¿Qué haces?

M^a TERESA— *(No contesta.)*

M^a ISABEL— *(Chillando.)* ¡Maite!

M^a TERESA— *(La mira un instante y vuelve a mirar a los demás, fijándose, sobre todo, en el Hombre.)*

M^a ISABEL— *(Acercándose unos pasos.)* ¡Maite! *(Se para, mirando alternativamente al grupo de los jóvenes y a M^a Teresa.)* ¿Qué pasa?

M^a TERESA— *(Al Hombre, tímida.)* Disculpe.

HOMBRE— *(Interrogativo.)* Sí.

M^a ISABEL— *(A M^a Teresa.)* ¡Déjalo, Maite! ¡Déjalo! ¡Te estás equivocando! ¡Ya te lo he dicho!

M^a TERESA— *(Sigue al Hombre, tímida.)* Disculpe, pero, cuando antes nos hemos cruzado —¿se acuerda que ya nos hemos cruzado antes?— y usted, usted ha sido tan amable de... de preocuparse por nosotras...

HOMBRE— Bueno...

M^a ISABEL— (*En voz baja, meneando la cabeza.*) ¡Pero, qué tontería! ¡Qué tontería estás haciendo! (*Dirigiéndose al Hombre.*) ¿Sabe qué pasa? Pues, mire, es que, mi hermana... ¡mi hermana cree que...!

M^a TERESA— (*Interrumpiéndola.*) ¡Maribel! ¡Cállate tú! (*En voz baja.*) ¡Por favor, cállate!

M^a ISABEL— (*A M^a Teresa, en voz chillona.*) ¡Pero, déjame explicarlo! ¡Déjame explicar al menos la situación! ¡Es que, este pobre hombre no sabe ni siquiera por qué le estás...!

M^a TERESA— (*Interrumpiéndola de nuevo, seriamente enfadada.*) ¡Por eso te digo que me dejes hablar a mí!

M^a ISABEL— ¡Bueno, por mí...! (*Como si fuera una pregunta.*) ¡Haz lo que quieras! (*Pausa. Intentando poner las cosas en su sitio.*) No, mira, yo, lo único que quería era decirle a este señor que...

M^a TERESA— (*Se da la vuelta y se va.*)

M^a ISABEL— (*A los demás.*) Ahora se ha enfadado.

Pausa. Todos se miran mutuamente o miran en la dirección por donde M^a Teresa acaba de salir. Desde el lado opuesto entra Carlos del Manzano haciendo footing. Se para y se quita los auriculares.

CARLOS DEL MANZANO— (*Con una sonrisa ancha, respirando hondamente.*)

¡Hola! ¡Aquí todavía, eh!

SOFÍA— (*Mirándole.*) ¡Anda que no!

M^a ISABEL— (*Al Hombre, quitando importancia.*) No, mire, perdone usted, pero... ¿Sabe qué pasa? Es que, mi hermana y yo vemos mucho la televisión. Bastante, sí. Tenemos mucho tiempo libre y... bueno, usted ya lo comprenderá. A nuestra edad nos sobra a veces el tiempo. Bueno, así que vemos mucho la televisión. Y hay un programa —no sé si usted lo conoce— en el que hablan mucho de problemas, de problemas conyugales y eso, de parejas y de todas esas cosas. Se llama *El corazón en la mano* y a mi hermana... (*Como si fuera una pregunta:*) ¡le encanta! Sí, es así. ¡Le encantan los problemas, todos los problemas del mundo, parece! Pero bueno, el caso es que este programa lo presenta también una pareja, y a mi hermana ahora le ha parecido que usted... ¡que usted es el joven que presenta este programa! Bueno, yo ya sé que es una tontería, pero

bueno, como ahora incluso se ha dirigido a usted, pues, claro, ¡ahora había que explicarlo, por muy absurdo que fuera!

CARLOS DEL MANZANO— (*Mientras tanto, a Luisa y Sofía.*) ¿Y? ¿Cómo estamos? ¿Todo bien?

LUISA— (*Ídem, a Carlos del Manzano.*) ¡Uf, ya ves! ¡Estamos perfectamente!

SOFÍA— (*Ídem, aparte.*) Sí. Perfectamente liadas.

CARLOS DEL MANZANO— ¡Qué bien! ¿No?

PEDRO— (*Tras haber escuchado a M^a Isabel, mirando al Hombre.*) Pues, ¡sí que se parece! Ahora que lo dice... (*A M^a Isabel.*) Yo conozco ese programa. Digamos que lo he visto tres o cuatro veces, no más.

M^a ISABEL— A mí tampoco me gusta. Todas esas cosas del sexo... Totalmente exagerado, digo yo. Pero aquel chico es muy alto y tiene una fisonomía muy... (*Buscando las palabras.*) muy fina, muy elegante... sí...

HOMBRE— (*A M^a Isabel, encantador.*) Entonces, ¡muchas gracias!

M^a ISABEL— (*Con una mirada al Hombre, confusa.*) ¿Cómo?

HOMBRE— (*No contesta.*)

PEDRO— (*Pensativo, mirando al Hombre.*) No sé, igual tiene razón.

M^a ISABEL— (*Mirando a Pedro, desconcertada.*) ¿Quién?

PEDRO— (*No contesta.*)

SOFÍA— (*Mientras tanto, a Carlos del Manzano.*) ¿Y? ¿Cuántas playas te faltan todavía?

CARLOS DEL MANZANO— (*Ídem, a Sofía.*) Pues, ¡una menos que antes! (*Con una sonrisa ancha.*) ¡Tampoco es que vaya volando!

Vuelve M^a Teresa. Silencio.

M^a TERESA— (*A M^a Isabel, seca.*) ¿Vienes?

Silencio.

M^a ISABEL— (*Haciéndose la víctima.*) Bueno. Vale.

Silencio.

SOFÍA— (*Mirando a los demás, suave.*) Pues, ya nos vamos todos, ¿no?

Silencio. Después de un tiempo, salta una pelota desde el fondo de la escena a la sala. Todos miran, ensimismados y con indiferencia, donde ha ido a parar la pelota. Poco después entra el Niño e intenta recuperarla. En cuanto lo consiga —o no— él y los demás se quedan inmóviles. Vuelven los sonidos del mar, cuyo volumen aumenta mientras oscurece. Se oyen un tiempo con gran intensidad desde lo oscuro. Luego desaparecen.

Telón.

TERCER CASO

(El dativo)

Desfile 1

Al atardecer, en alguna parte del paseo marítimo. Los sonidos del mar y los de la playa desde lejos y sin interrupción ni cambios de intensidad hasta el final del último desfile. Al cabo de un tiempo, entra Carlos del Manzano y cruza la escena haciendo footing. Tiempo largo. Entran, desde el mismo lado, Pedro y el Hombre.

PEDRO— *(Entrando.)* Y eso, claro, ¿cómo no te va a afectar? ¡Eso es algo que afecta a cualquiera, por muy tranquilo que sea! *(Cogiendo al Hombre por el brazo.)* Espera, vamos muy rápido. *(Mira un instante en la dirección por la que acaban de entrar y vuelve a dirigirse al Hombre.)* Yo estoy bien. Me gusta mi vida aquí. ¡Y qué! ¿Por eso tengo que permitir que me amarguen la vida de esa manera? Por qué. ¿Porque estoy bien? ¿Porque he encontrado lo que me hacía falta? *(En tono interrogativo:)* Hombre, no sé. ¿Eso no es algo que puede encontrar cualquiera? *(Añade.)* Teóricamente. ¿O me tengo que sentir culpable yo por tener algo que los demás no tienen? *(Como si fuera una pregunta:)* ¡Como si todo me cayera del cielo! *(Pausa.)* Pues, sí, vale. Es verdad. La suerte sí cae del cielo. La suerte como una desgracia. Y la desgracia como una suerte. Una de cal y otra de arena. Qué quieres que te diga. *(Pausa. Subiéndose el cuello del vestido.)* Ahora toca arena. *(Pausa. Mira hacia el mar, inspira profundamente y suspira en un largo suspiro. Levanta los brazos, se estira y suspira de nuevo.)* Bueno, venga. Ya está. Que caiga. Ya estoy preparado. *(Pausa. Dirigiéndose de nuevo al Hombre.)* Por lo menos, no es la primera vez. Ahora ya es la quinta. Tres veces me separé yo, y una vez... *(Haciendo un gesto con la mano.)* eso: arena. Pero esta es la primera vez que incluso he llegado a convivir con alguien. *(Empieza a menear la cabeza y, meneándola cada vez más fuerte, se da varias bofetadas en las mejillas para, después, pasarse las manos por toda la cara y la cabeza, emitiendo intensos gemidos. Pausa. Ensimismado, con una mirada de perro apaleado.)* Vivimos juntos, Sofía y yo. Hace tres años. Quiero decir, todavía.

HOMBRE— *(Produce un sonido en señal de entendimiento.)*

PEDRO— *(Mira un instante en la dirección desde la cual se están acercando los demás.)* Ella ahora quiere ir a un psicólogo. *(Pausa. Mientras baja un momento la mirada.)* Bueno, a ver qué pasa.

Pausa. Entran, siempre del mismo lado, M^a Teresa y Sofía y cruzan la escena charlando.

M^a TERESA— No sé cómo lo hace, pero lo consigue siempre. ¡Fíjese qué día más bonito estamos teniendo, qué suerte con el tiempo, con la gente y con todo! ¡Pero, no! ¡Ella consigue fastidiarlo todo, incluso este domingo! *(Se para un instante.)* Digo "incluso" porque hoy no es un domingo cualquiera. No, no. *(Sigue andando.)* Es, además, el día de mi santo y ella sabe muy bien que...

SOFÍA— *(Interrumpiéndola.)* ¿Es su santo?

M^a TERESA— Sí.

SOFÍA— Entonces, felicidades, ¿no? *(Intercambia una mirada con los hombres.)*

M^a TERESA— Gracias, muchas gracias. Y ella sabe perfectamente que a mí el santo me importa más que el cumpleaños, por ejemplo. Mucho más. Siempre hemos celebrado más el santo que el cumpleaños. Pero yo ya estoy acostumbrada, más que acostumbrada, ¡estoy acostumbradísima a que no haya regalos nunca, ni fiestas, ni nada de eso! *(Imitando a su hermana.)* «¡Felicidades!» ¡Así lo dice! ¡Así!, no es mentira. Y nada más. No, no, al contrario. Encima fastidia. ¡Es capaz de fastidiarlo todo, incluso el día de tu santo, si le da la gana!

SOFÍA— *(Con artificial interés.)* Qué fuerte, ¿no?

M^a TERESA— ¡Mucho! ¡Mucho!

Desaparecen las dos. Pedro y el Hombre las persiguen con la mirada. Tiempo.

HOMBRE— *(Mientras vuelve a mirar a Pedro.)* ¿Qué decías? Que quiere ir a un psicólogo.

PEDRO— *(Mientras vuelve a mirar al Hombre.)* Sí, eso parece. *(Cansado.)* No sé de dónde quiere sacar tanto dinero, pero bueno. Y, a lo mejor, así tampoco llegas a ninguna conclusión. O puede que provoque hasta lo contrario. Yo, por lo menos, he conocido gente que después estaba aún más confundida. *(Después de una*

breve pausa, moderándose.) Depende de quién lo haga, claro. Puede salir bien también. Nunca se sabe.

HOMBRE— (*Comprensivo.*) Claro.

PEDRO— Por eso no le dije nada. Sólo lo del dinero. (*Añade.*) De hecho sale carísimo.

HOMBRE— Ya.

Pausa.

PEDRO— (*Casi alegre.*) Lo que es curioso, es que para los demás parece que somos todavía la pareja ideal. Nos miran con unos ojos de asombro y envidia que es increíble. A veces me da risa. (*Después de una breve reflexión.*) Y si te fijas, es verdad. (*Contándolo con los dedos.*) ¡Siendo sanos, más o menos jóvenes, más o menos guapos los dos, más o menos inteligentes, y viviendo aquí, en un sitio que es visitado cada año por cientos de miles de turistas! ¡Pues, no me digas! ¡Hay que ser imbécil! ¡Tenemos una suerte que nos la pisamos!

Tiempo.

HOMBRE— (*Acercándose a la baranda.*) Pero no está bien.

PEDRO— Qué.

HOMBRE— Que no está bien ella. Es una pregunta.

PEDRO— (*Ofendido.*) ¡Cómo no va a estar bien con todo eso!

Pausa.

PEDRO— (*Acercándose también a la baranda, pensativo.*) Pero, lo que sí es verdad es que amigos... amigos... no, no tenemos. Y no los tenemos por eso. Por esa envidia absurda que nos tiene la gente. (*Añade.*) Luisa es de las pocas que nos aguanta.

Mª Isabel está cruzando la escena. Pasando por delante de los dos hombres, los mira brevemente y saluda inclinando la cabeza.

PEDRO— (*Con una mirada incidental hacia Mª Isabel, seco.*) Hola, qué hay.

Desaparece Mª Isabel, mascullando algo incomprensible. Tiempo.

PEDRO— (*Serio.*) Dime, ¿a ti ella no te gusta?

HOMBRE— (*Señalando hacia el lateral por donde M^a Isabel acaba de salir, incrédulo.*) Ella.

PEDRO— (*Nervioso.*) No. Sofía.

HOMBRE— (*Incómodo.*) Hombre, no, no. No está mal.

PEDRO— (*Alejándose de la baranda, medio ofendido.*) ¡No está mal!

Pausa.

PEDRO— Es que, tú sí le gustas.

HOMBRE— ¿Cómo?

PEDRO— Que ella sí se ha fijado en ti. Lo sé. (*Pausa.*) Eres el tipo de hombre que a ella le suele gustar. Estoy seguro.

HOMBRE— (*Serio.*) Por qué dices eso.

Pausa.

PEDRO— (*Tocándose la frente.*) Perdona. No me hagas caso. (*Pausa. Acercándose al Hombre.*) Es que, no sé. No sé, pero, creo que... creo que estoy acabando con algo. —Bueno, que yo estoy acabado, eso es evidente: no hace falta que me lo digas. —Pero, no sé, ahora hay algo diferente. (*Pausa. En voz baja.*) Estoy hartito, ¿sabes? (*Pausa. Firme.*) Estoy hartito. ¡Yo, Pedro Llorente Montagut, estoy hartito! (*Añade.*) Finalmente. (*Pausa.*) Creo que lo he dado todo. Lo he intentado todo y... ¿Ves? Mira cómo acabo: hartito. Con ganas de tirar la toalla yo. (*Pausa. Autoconvenciéndose, inquieto.*) Hasta las narices. ¡Estoy hasta las narices! Sí. Sí, sí, sí, sí. (*Se para y mira un instante hacia el fondo. Más tranquilo.*) He estado bien aquí. Muy bien. Pero ahora... Hace ya tiempo que lo paso fatal. Y ni me quejo. Ni abro la boca. No sé por qué. (*Pausa.*) Creo que yo también tengo derecho a quejarme, aunque todo el mundo me mire con esa cara absurda de envidia. (*Al Hombre.*) Tú, por lo menos, no me tendrás envidia, viéndome tal como estoy.

Tiempo.

HOMBRE— Y ahora, ¿qué vas a hacer?

PEDRO— No lo sé. (*Después de una breve reflexión.*) Igual sería incluso más fácil que alguien como tú viniera, se enrollara con Sofía y... ¡ya está! Yo sé lo celoso que soy, no lo aguantaría ni dos minutos. Y tú... ya te lo he dicho. Tú lo tienes bastante fácil. Estoy seguro. (*Poniendo al Hombre la mano en el hombro, ambos empiezan a salir de escena.*) Y yo, no sé, ¡al río, como tú! A intentar, por lo menos... (*Se para un instante.*) Sí, ¿qué? ¿Ser libre? (*Mientras sigue andando.*) Pues eso: ser libre.

HOMBRE— (*Sincero.*) Sí, pero, ¿libre para qué?

PEDRO— (*Desapareciendo, en tono interrogativo.*) Ah.

La escena se queda unos segundos vacía. Entra Luisa hablando sola.

LUISA— Salamanca, Ávila, Madrid, Barcelona. Extremadura un poco. (*Se para un instante.*) ¡Quedo como una imbécil siempre! (*Mientras sigue andando.*) Y eso que sí que he estado fuera. Nunca lo cuento. Estuve en Bélgica, dos veces, por una feria de no sé qué. Viajes de negocios de papá, los únicos que ha hecho en su vida, y nos llevó a todas, a mamá, a Marta y a mí. Bruselas. La Haya. (*Saliendo.*) Tenía catorce o quince años y la verdad es que no me acuerdo mucho.

Oscurece.

Desfile 2

La misma parte del paseo marítimo. Mientras se ilumina la escena paulatinamente, la sombra de Carlos del Manzano pasa, ahora desde el lado opuesto, jadeando y torpemente, por el escenario haciendo footing. Al cabo de un tiempo, entran, desde ese mismo lado, Pedro y Luisa y cruzan la escena conversando.

PEDRO— (*Entrando.*) Sí, sí, ya sé. Para eso existe una palabra también. Creo que empieza por "o".

LUISA— Ya, pero tú... tú, ¿cómo le ves? Quiero decir, ¿a ti, él, qué te parece?

¿Cómo lo ves?

PEDRO— *(Casi como una pregunta.)* A él.

LUISA— *(Ídem.)* Hombre, claro.

PEDRO— Pues, no sé. ¿Tú no has hablado con él?

LUISA— Sí, pero yo te he preguntado primero.

PEDRO— *(Después de una breve reflexión.)* Es que, creo que le he dado mucho la lata con lo de Sofía. Ya te puedes imaginar que yo, tal como estoy ahora, no sirvo de mucho para escuchar a la gente.

LUISA— A él, en cambio, parece que hasta le gusta.

PEDRO— O, por lo menos, que no le importa. *(Después de una pausa pequeña.)* Sabe escuchar. Eso seguro.

LUISA— Mirar y escuchar.

Tiempo.

LUISA— Igual es sólo tímido. ¿No crees?

PEDRO— Sí y no. *(Después de una breve pausa.)* A mí, me da más bien la sensación de que haya pasado por algo terrible. Por algo que ahora me está esperando a mí. *(Parándose un momento.)* Sí, a lo mejor es eso. *(Dudando.)* Él a mí me parece algo como, no sé... como una imagen futura de mi mismo. *(Mientras sigue andando, pensativo.)* Qué curioso, ¿no?

LUISA— *(Quitando importancia.)* Bueno.

Desaparecen los dos. Poco después, M^a Isabel y M^a Teresa siguen entrando, manteniendo cierta distancia la una de la otra.

M^a ISABEL— Estoy cansada. *(Se para un instante, observa cómo su hermana se está adelantando y repite con voz de quejica.)* ¡Estoy cansada! *(Mientras sigue andando.)* ¡Maite! *(Lamentándose.)* ¡Maite, por favor!

M^a TERESA— *(Se para y la mira.)*

M^a ISABEL— *(Antes de alcanzar a su hermana se para de nuevo.)* ¿Te das cuenta? Cada año lo mismo. ¡Cada año! ¡El día de tu santo siempre tenemos problemas! ¿Te acuerdas, el año pasado en aquel restaurante?

M^a TERESA— (*Fría.*) Ponte las pilas. ¡Y cállate! (*Se da la vuelta y sale de la escena.*)

M^a ISABEL— (*Mientras anda detrás, enojada.*) ¡Me cago en todos tus santos, ¿sabes?, y en la madre que te...! (*Dándose cuenta enseguida, asustada.*) ¡Ay, no, eso no! (*Saliendo.*) ¡Dios mío, cómo estamos! ¡Cómo estamos! ¡Por Dios!

La escena se queda un tiempo vacía. Salta, desde la playa, un rastrillo de plástico al paseo. Tiempo. Entran Sofía y el Hombre.

SOFÍA— (*Apareciendo.*) Yo siempre he sido así. Siempre. La gente piensa que igual estoy loca; pero eso no me importa. ¡Qué más da lo que piense la gente! (*Se para recogiendo el rastrillo del suelo y empieza a peinarse con él. Graciosa.*)
¿Tú crees que estoy loca?

HOMBRE— (*Se ha parado también y la mira.*)

SOFÍA— (*Con una sonrisa insegura.*) No me mires así.

HOMBRE— (*Bajando un instante la mirada, ausente.*) Vale.

SOFÍA— (*Se acerca a la baranda y mira un momento a la playa. Mientras vuelve a mirar al Hombre:*) Yo debería haber nacido en otra época, ¿sabes? Yo no estoy hecha para la paz. Tengo demasiado fuego. (*Pausa.*) Me aburro. Me aburro cantidad. (*Pausa. Menea la cabeza.*) ¡Qué época! ¡Qué época más tonta nos ha tocado! (*Mirando al Hombre.*) Si hoy en día tienes todavía la fe y el ímpetu de alguien del Siglo de Oro... entonces, ¿qué haces? ¿Qué haces hoy en día con eso? ¡A nosotros no nos toca descubrir América! No, ¡lo que a nosotros nos ha tocado es eso: (*Con un gesto hacia la playa.*) estar en la playa, tomar el sol, y morir de un cáncer de la hostia! (*Leve.*) ¡Ay, qué risa me da!

HOMBRE— (*Ha sacado una bolsa de caramelos y se la ofrece a Sofía.*) ¿Quieres?

SOFÍA— Ah, sí, gracias. ¿De qué son?

HOMBRE— Hay de todo. Cereza, frambuesa, naranja, limón...

SOFÍA— (*Eligiendo.*) Este, ¿de qué es? Frambuesa. Ah, muy bien. Gracias.

HOMBRE— De nada. (*Escoge también uno.*)

SOFÍA— Son buenos.

HOMBRE— (*Guardando la bolsa.*) Sí, a mí también me gustan. Son de aquí, de una confitería muy buena.

SOFÍA— ¿Una que se llama La Gruta?

HOMBRE— *(Casi como una pregunta.)* Ah, no sé.

SOFÍA— Sí, será esa. Es la mejor.

Pausa.

HOMBRE— Perdona, te he interrumpido. Estabas hablando de...

SOFÍA— *(Con una sonrisa insegura.)* Ah, sí, del Siglo de Oro. *(Después de una pequeña pausa.)* No, nada, era una chorrada. Pero lo que sí pienso es que el hombre... el hombre siempre ha intentado dar algún sentido a su vida. Siempre en vano, pero bueno. Y nosotros hoy en día lo tenemos más crudo todavía. A mí, por ejemplo, me hubiera encantado ser una revolucionaria, una santa rebelde o algo por el estilo. Creo que me pega. *(Pausa.)* Pero no. No toca. No me toca serlo, ¿me entiendes? No es la época. *(Pausa.)* Y eso aunque yo, en el fondo, ¡yo sigo creyendo en la revolución! ¡Creo que nos hace falta una revolución como una casa! Sí. ¡Tenemos unos valores tan ridículos, mutilados totalmente por el miedo y el bienestar! Por el miedo del miedo. La gente es tan blanda que me da asco. *(Pausa.)* Lo que yo quería decir era eso: que nosotros, de alguna manera, todos somos santos. O queremos, por lo menos, serlo. *(Pausa.)* No sé. Lo siento como un derecho. *(Mientras ambos se ponen en marcha.)* Pero, no sé qué pasa. *(Pausa. Poco antes de desaparecer.)* Yo, no sé, pero... Algo tiene que pasar. ¿No crees tú?

Han desaparecido los dos. Oscuro.

Desfile 3

La misma parte del paseo. Agarrándose a la balaustrada, asfixiándose y con un aspecto deplorable, Carlos del Manzano se encuentra en medio de la escena. Entre fuertes jadeos se toca repetidas veces el pecho. Al cabo de un tiempo, M^a Teresa y M^a Isabel entran, apresuradamente, por el lado del primer desfile.

M^a TERESA— *(Agitada.)* Vaya, ¡ahora sí que ha pasado algo!

M^a ISABEL— (*Ídem.*) ¡Ay, Dios mío! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

M^a TERESA— ¡Dile que se ponga en el suelo!

M^a ISABEL— ¡Sí, póngase en el suelo! ¡Póngase en el suelo! ¡Venga, tumbese!

M^a TERESA— ¡Ay, qué blanco está! ¡Qué blanco está! ¡Que está casi verde!

M^a ISABEL— ¡Sí, venga, tumbese! ¡Ya verá lo bien que le va a sentar! ¡Muy bien!
¡Muy bien le va a sentar estar tumbado!

M^a TERESA— ¡Horizontal y patas arriba!

Carlos del Manzano se deja bajar al suelo.

M^a TERESA— (*Mientras tanto.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

M^a ISABEL— ¡No! ¡No grites! ¡Maite! ¡No grites! ¡Deja que se tranquilice un poco!
(*Mirando a Carlos del Manzano.*) ¡Ya sabía yo que estaba exagerando con tanto correr!

M^a TERESA— (*Poniéndole su bolso debajo de un pie.*) ¡Déjame tu bolso, Maribel!
¡Déjamelos!

M^a ISABEL— Para qué.

M^a TERESA— Esto es una urgencia. Dámelo.

M^a ISABEL— (*Le entrega su bolso.*)

M^a TERESA— (*Poniéndolo debajo del otro pie.*) No sirve de mucho, pero bueno.

M^a ISABEL— Eso no sirve de nada.

M^a TERESA— ¿Y por qué no le abres el chándal?

M^a ISABEL— Dónde.

M^a TERESA— (*Señalando la cintura.*) Aquí. Y la chaqueta también.

M^a ISABEL— (*En tono interrogativo.*) Vale. (*Se pone a abrir la chaqueta y el cordón del pantalón.*)

M^a TERESA— (*Empieza a darle con las manos aire en la cara.*) ¡Huy qué verde que está!

M^a ISABEL— ¡Qué cacho de hombre! ¡Qué grande! ¡Y tanta tripa! (*Siguiendo el ejemplo de su hermana, le empieza a abanicar también.*)

Entran Sofía y Pedro.

SOFÍA— Anda, ¿qué ha pasado? ¿Se ha caído?

M^a TERESA— Pues, mire. ¡Era una exageración correr tanto! ¡Eso ya lo sabíamos nosotras! ¡Ya no tiene edad!

CARLOS DEL MANZANO— (*Apoyándose en los codos, cobrando aliento, débil.*)
Ya estoy bien.

M^a ISABEL— (*A Carlos del Manzano.*) Cuidado, ¡mucho cuidado! ¡Ya ha visto usted qué ocurre cuando uno no tiene en cuenta su edad!

CARLOS DEL MANZANO— (*Vuelve a tumbarse del todo.*)

SOFÍA— ¿Qué hacemos? ¿Llamamos una ambulancia?

CARLOS DEL MANZANO— (*Débil.*) No, no. No hace falta.

SOFÍA— (*A Carlos del Manzano.*) ¿Cómo te encuentras?

CARLOS DEL MANZANO— No sé qué ha sido. No siento nada en este brazo.
(*Señala su brazo izquierdo.*)

SOFÍA— (*A los demás.*) Pues, yo diría que... al hospital, directamente. Tiene toda la pinta de haber sido... (*Se queda callada.*)

CARLOS DEL MANZANO— Yo no quiero ir al hospital.

SOFÍA— Entonces, ¿qué hacemos?

CARLOS DEL MANZANO— Quiero ir a mi casa.

SOFÍA— ¿A tu casa?

CARLOS DEL MANZANO— Sí.

M^a ISABEL— ¿Dónde está su casa?

CARLOS DEL MANZANO— Cerca.

SOFÍA— ¿Y cómo vas a llegar allí?

CARLOS DEL MANZANO— A pie.

Tiempo.

CARLOS DEL MANZANO— Mi casa está cerca.

Tiempo.

SOFÍA— No sé qué hacer. Me da miedo.

PEDRO— Sí, es un poco peligroso.

CARLOS DEL MANZANO— Yendo a la estación, mi casa es la penúltima a mano derecha.

M^a TERESA— Pues, nosotras, de todas maneras, vamos ahora a la estación.

Podríamos acompañarle.

CARLOS DEL MANZANO— (*Hace intentos de levantarse.*)

SOFÍA— ¡Cuidado, cuidado! ¡Por favor!

Todos ayudan a Carlos del Manzano a ponerse de pie. En cuanto lo logra, se le cae el pantalón.

M^a ISABEL— ¡Ayayayayayay! ¡El cordón! ¡El cordón del pantalón! ¡Lo tiene todo suelto!

SOFÍA— ¡Tranquila, tranquila! ¡No pasa nada!

Mientras Carlos del Manzano se agarra a la baranda, Sofía y M^a Isabel le vuelven a vestir.

M^a TERESA— (*Mientras tanto, a Carlos del Manzano.*) Yo no entiendo por qué usted se castiga tanto corriendo aquí, arriba abajo, arriba abajo.

CARLOS DEL MANZANO— Quería quitarme el estrés.

M^a TERESA— (*Repite incrédula, en tono interrogativo.*) ¡Quitarse el estrés!

CARLOS DEL MANZANO— Sí.

SOFÍA— Tenías estrés.

CARLOS DEL MANZANO— Sí.

SOFÍA— Pues, ahora vas a descansar mucho, ¿vale?

CARLOS DEL MANZANO— Sí.

SOFÍA— (*Acabando de vestirle.*) Ya está.

Tiempo.

PEDRO— Y ahora, ¿cómo lo hacemos?

M^a TERESA— Él ahora viene con nosotras.

M^a ISABEL— Sí, vámonos. Intentémoslo.

PEDRO— (*Serio.*) Pero, ¡que llame enseguida a un médico desde su casa!

M^a ISABEL— (*Medio ofendida.*) No se preocupe. Nosotras nos encargamos de todo lo que le haga falta. (*Repite.*) ¡No se preocupe!

PEDRO— (*Escéptico.*) Bueno.

Cogiendo a Carlos del Manzano por los brazos, Pedro y Sofía le acercan a M^a Teresa y M^a Isabel, y les ponen sus brazos sobre los hombros.

PEDRO— ¿Y? ¿Cómo va?

M^a ISABEL— ¡Uf! ¡Cuánto pesa este hombre!

M^a TERESA— ¡Sí, porque es para dos! *(Se ríen como enloquecidas.)*

SOFÍA— *(Preocupada.)* ¿Podéis con él? ¿Seguro?

M^a TERESA— *(Sigue riéndose.)* ¡Sí, sí, seguro! ¡Seguro!

M^a ISABEL— *(Ídem.)* ¡Como si no hubiéramos hecho otra cosa en toda la vida!

SOFÍA— Bueno, a ver...

M^a Teresa, M^a Isabel y Carlos del Manzano empiezan a salir de escena.

M^a TERESA— *(No para de reírse.)* ¿Por dónde?

CARLOS DEL MANZANO— *(Señalando hacia el lado opuesto al que entraron.)*

¡Por ahí, por ahí!

M^a TERESA— ¡Vamos!

M^a ISABEL— ¡Adiós!

M^a TERESA— ¡Adiós!

SOFÍA— ¡Adiós!

M^a ISABEL— ¡Adiós!

PEDRO— ¡Adiós!

M^a TERESA— ¡Adiós!

M^a ISABEL— *(Saliendo, a M^a Teresa.)* ¡Ahora sí tienes un regalo para tu santo!

M^a TERESA— *(Ídem, entre risas.)* ¡Sí, por fin!

M^a ISABEL— ¡Adiós!

SOFÍA— *(Haciendo señas.)* ¡Adiós!

Han desaparecido los tres. Pausa.

SOFÍA— *(A Pedro, preocupada.)* Oye, ¿les seguimos un trozo? Sólo hasta la calle que va a la estación. ¿Vale?

Se van detrás. Un tiempo después entran Luisa y el Hombre.

HOMBRE— (*Entrando, serio.*) Entonces iba casi cada semana a los mercadillos y buscaba hasta que tenía una pequeña colección. Pero cuando las compraba aún no sabía por qué lo estaba haciendo. Lo hacía como por instinto, como si alguien le hiciera comprarlas. Y poco después se dio cuenta de que era justo lo que le hacía falta y que ya lo tenía.

LUISA— (*Parándose.*) Qué bonito. Yo tampoco soy muy racional pero eso no me ha pasado nunca. Da como miedo. (*Después de una pausa corta.*) Yo creo más bien en las cartas y en los horóscopos. Hace poco una prima de un amigo me echó las cartas. Ella no me conocía de nada, ¡pero decía unas cosas!

HOMBRE— (*Se ha parado también.*) ¿Por ejemplo?

LUISA— Por ejemplo que yo, dentro de poco, ya no sería feliz aquí. Que aquí no iba a encontrar lo que estoy buscando y que me iría muy lejos. A África o a la India. (*Pausa.*) Y es verdad: pensando sólo en las pocas posibilidades que tengo aquí profesionalmente... Son prácticamente nulas. Y me gusta mi profesión. Elegí la carrera de asistente social porque es algo que realmente me gusta. Lo que pasa es que aquí hay mucha gente que ha estudiado lo mismo y todos buscan trabajo. Y no hay tanta miseria. Esto es un problema muy serio para la profesión. La gente está más o menos bien. Si les quieres ayudar en algo es muy difícil saber en qué. Muchas veces ni ellos lo saben. (*Pausa.*) Bajo esta perspectiva, el Tercer Mundo es algo muy atractivo. Allí, por lo menos, hay hambre. A veces, cuando veo reportajes en la tele o en los periódicos, me pongo a llorar desconsoladamente. ¡Tanta miseria! ¡Es un escándalo! Y, claro, para alguien como yo, que se muere de ganas de dar algo a alguien... pues, ¡es fantástico! Allí sería feliz. (*Pausa.*) Lo que pasa es que queda muy lejos, y ya sé que no deberíamos utilizar el Tercer Mundo más como mercado. Ni como un mercado de trabajo. Pero, claro, los que van allí para sacar esos reportajes que me hacen llorar tanto también se aprovechan de esa oferta grandiosa de miseria. Y entonces me pregunto: ¿por qué ellos y no yo? Eso no es justo. (*Pausa.*) Y cuando lo veo así pienso que aquella chica que me echó las cartas igual sí tenía razón y me debería mentalizar un poco para irme de aquí.

HOMBRE— Pero, ¿no me has dicho que no te gusta viajar?

LUISA— Ya, pero tampoco se trataría de un viaje. Se trataría de eso, de vivir en otro lugar para... no sé, para sacrificarse por... por algo... por alguien. Para buscar

algo que aquí ya es muy difícil de encontrar. *(Insegura.)* Algo que dé sentido a la vida. ¿No es eso?

Pausa.

HOMBRE— *(Mirando en la dirección por la que los demás acaban de salir.)* A ese hombre, ¿qué le habrá pasado?

LUISA— *(Mirando en la misma dirección.)* Ah, no sé. Igual se ha caído. *(Después de una breve pausa.)* Ahora él y las dos señoras suben por la calle del Buen Suceso. *(En tono interrogativo.)* Vamos a ver qué pasa.

Los dos salen de escena. Mientras oscurece, se escucha desde lejos por un momento la sirena de una ambulancia.

Desfile 4

El mismo tramo del paseo. Entrando por el lateral del segundo desfile aparecen Pedro y Sofía.

SOFÍA— Me da mucha pena. *(Después de una pequeña pausa, ingenua.)* ¿Por qué es tan fácil vivir mal?

Se paran un momento y miran hacia el lado por el que acaban de entrar. Entran Luisa y el Hombre.

PEDRO— *(A los tres.)* Yo creo que hemos hecho bien en llamar a la ambulancia.

LUISA— Sí. Pero él no la quería para nada.

SOFÍA— No, el pobre sólo repetía todo el tiempo que quería ir a casa. ¡Qué horror! ¿No deberíamos haberle hecho caso?

PEDRO— Pero ya estaba otra vez en el suelo.

SOFÍA— Ya.

LUISA— No, es mejor así.

*Tiempo. El Hombre saca de nuevo la bolsa de caramelos y la ofrece a cada uno.
Muy ensimismados, todos aceptan, excepto Sofía.*

PEDRO— *(En voz baja.)* Gracias.

SOFÍA— *(Ídem.)* No, yo no.

Tiempo.

LUISA— *(A Pedro.)* Y ahora, ¿qué vais a hacer?

PEDRO— *(Con una mirada de soslayo a Sofía.)* Supongo que nos vamos a casa.

SOFÍA— *(Mira un instante al Hombre.)* Sí. Yo igual salgo esta noche otra vez para tomar un poco el aire. A veces lo hago antes de irme a la cama. Así, entre las doce y la una. Es una hora que me encanta para estar aquí, mucho más que ésta. Ahora prefiero estar en casa.

LUISA— Bueno... Si queréis os acompañamos hasta la iglesia, ¿vale?

SOFÍA— Vale.

Por el lado opuesto al que entraron, todos empiezan a salir de escena.

PEDRO— *(Al Hombre, casi como una pregunta.)* Me imagino que nos seguiremos viendo por aquí.

HOMBRE— *(Indeciso.)* Sí. De momento, por lo menos, no sé hacer otra cosa que quedarme.

PEDRO— Pero, aquí estás bien, ¿no?

HOMBRE— Sí, sí, bien. Muy bien. Sí, sí.

SOFÍA— *(Mientras tanto, a Luisa.)* Bueno, Luisa, entonces, ¿para cuándo quedamos para lo del yoga?

LUISA— Ah, cuando quieras. A mí me va mejor por la mañana, pero puede ser también por la tarde. Depende del día.

Han salido todos. Oscuro.

Desfile 5

Luisa y el Hombre en la baranda, igual que al principio del segundo caso: ella, a unos pasos del Hombre, mirando hacia el mar; él, apoyado de espaldas en la baranda, mirando al suelo. El tramo del paseo sigue siendo el mismo.

LUISA— *(Mira un instante al Hombre y vuelve a mirar al mar.)*

Tiempo.

LUISA— *(Se da la vuelta apoyándose de espaldas en la balaustrada. Mira al Hombre.)* ¿Qué te pasa?

Tiempo.

LUISA— ¿Y qué haces ahora?

HOMBRE— *(Mira un instante en dirección contraria a ella; casi como una pregunta, leve.)* No sé.

Pausa.

LUISA— No lo sabes.

HOMBRE— *(La mira un momento rascándose la cabeza.)* Bueno, creo que voy al hotel. *(Añade.)* A descansar un poquito.

Pausa.

LUISA— *(Casi afirmativo.)* Quieres que te acompañe.

HOMBRE— *(La mira, tarda en contestar, suave.)* No.

Ambos bajan la mirada. Pausa.

LUISA— *(En voz baja.)* Por qué no.

HOMBRE— *(Con una mirada de soslayo a Luisa, suave.)* Porque no.

Tiempo.

LUISA— *(Mirando un instante en dirección contraria al Hombre, suspira.)* Bueno...

Tiempo.

LUISA— *(Mira sus pies, meneando la cabeza.)* Qué éxito. *(Pausa.)* Qué éxito tengo yo con los hombres. *(Mira otra vez en dirección contraria al Hombre.)* Es increíble. *(Mirando al Hombre.)* Ya sé que no soy tan llamativa como, por ejemplo, Sofía. *(Mientras baja otra vez la mirada.)* Pero eso, ¿qué quiere decir? Lo físico tampoco lo es todo. *(Vuelve a mirar en dirección contraria al Hombre.)*

Tiempo.

HOMBRE— *(Alejándose un paso de la baranda.)* Oye, perdona, pero yo ahora me voy al hotel.

LUISA— *(Le mira un instante y vuelve a mirar en dirección contraria a él.)*

HOMBRE— *(Inseguro.)* Hasta... no sé... Hasta otra.

LUISA— *(Le mira, casi llorando y como si fuera una pregunta.)* ¡Ni siquiera sé tu nombre!

HOMBRE— *(Baja la mirada, suave.)* Ya. *(Se va.)*

Luisa se queda un tiempo sola y empieza a llorar. Mientras la luz va bajando lentamente, suben los sonidos del mar. Se oyen un tiempo con gran intensidad desde lo oscuro. Luego desaparecen.

Telón.

CUARTO CASO

(El Genitivo)

De noche, en alguna parte del paseo marítimo. Sofía está sentada en un banco, cara al público. Tiempo largo. Mirando hacia un lateral, Sofía se levanta. Entra el Hombre.

SOFÍA— *(Con una sonrisa de alivio.)* Ya pensaba que no me habías entendido.

(Añade.) Qué tal.

HOMBRE— Qué tal.

Se saludan dándose dos besos. Silencio.

HOMBRE— *(Yéndose a la baranda.)* Es verdad que es una hora buena para estar aquí.

SOFÍA— *(Nerviosa.)* Sí, ¿no? Yo lo hago mucho. Quiero decir que salgo a menudo a estas horas. No sé por qué.

HOMBRE— El aire.

SOFÍA— Sí. Y porque ya no hay nadie.

Silencio.

SOFÍA— *(Insegura.)* Qué. ¿Nos sentamos un poquito?

El Hombre se da la vuelta y se acerca a Sofía y al banco. Antes de que se sienten, Sofía se abraza súbitamente a él. Tiempo. Sofía está llorando.

HOMBRE— Qué pasa.

SOFÍA— Nada.

Tiempo. Sofía deja de llorar.

SOFÍA— No sé. No sé qué me pasa.

Se besan.

SOFÍA— *(Casi imperceptible.)* Vamos. *(Mientras se sientan en el banco.)* Ya llevo tiempo esperándote. *(Tapándose la cara con las manos se echa de nuevo a llorar.)* Qué tonta soy. Perdona. Perdóname. *(Tranquilizándose.)* Perdona. Igual

es también la mala conciencia. Pedro ahora está en casa y... ¿Tienes un Kleenex?

HOMBRE— Espera. (*Buscando en sus bolsillos saca primero la bolsa de caramelos, después un paquete de pañuelos.*) Sí.

SOFÍA— Gracias. (*Se suena sonoramente. Señalando la bolsa de caramelos:*) ¿Me das uno también?

HOMBRE— (*Ofreciéndoselos, casi como una pregunta.*) Claro.

SOFÍA— Mira, otro de frambuesa.

HOMBRE— Coge otro, si quieres.

SOFÍA— Bueno. Cereza. Mejor. Gracias. (*Se lo come.*)

HOMBRE— (*En voz baja, guardando la bolsa.*) De nada.

Pausa. Sofía coge el brazo del Hombre y apoya la cabeza en su hombro. Vuelven los sonidos del mar. Tiempo.

SOFÍA— Ahora ya estoy bien.

Pausa.

SOFÍA— Qué piensas.

HOMBRE— (*Incómodo.*) Yo... no sé... no pienso... creo... Procuro no pensar.

SOFÍA— Eso es imposible.

HOMBRE— (*Inofensivo.*) Bueno, esta es una opinión tuya que tampoco pienso pensar. (*Sonríe.*)

Se besan. Sofía se saca el caramelo de la boca y lo tira a la playa. Siguen besándose.

SOFÍA— (*Mientras tanto.*) Me gustas. Me gustas mucho. Corazón. Te estaba esperando. Hace tiempo que te espero. Hace mucho tiempo. Ahora estás aquí. Tú. Cariño. Dime, ¿cómo te llamas?

HOMBRE— (*Ahoga la pregunta con un beso.*)

SOFÍA— No, dime. ¿De dónde eres?

HOMBRE— (*Le da otro beso.*)

SOFÍA— ¿Y qué haces aquí?

HOMBRE— (*La besa de nuevo.*)

SOFÍA— (*Infantil.*) Oye, no seas malo. Dime algo.

HOMBRE— (*Cansado.*) ¿No crees tú que deberíamos usar nuestros labios para algo mejor que para hablar?

SOFÍA— Sí, pero... Espera. (*Se aleja un poco del Hombre y le mira ordenando su pelo.*) Espera un momento. (*Pausa.*) Sí, ya sé. (*Pausa.*) Ya sé. Te llamaré... te llamaré Julián. Sí. Julián. ¿Vale?

HOMBRE— (*Casi imperceptible.*) Vale.

Siguen besándose.

SOFÍA— (*Mientras tanto.*) Ay, Julián. Cariño. Te quiero. Te quiero mucho. Estoy segura que eres tú a quién estaba esperando. Tú. Julián. Estoy segura. Julián. Amor mío. Ya sé que es una locura. Julián. Vamos. Vamos a hacer una locura, tú y yo. Una locura. Ay, Julián. Amor mío. Vámonos de aquí. Vámonos de aquí.

Entra el Niño con la pelota entre las manos, se para y mira a los dos.

SOFÍA— (*Como antes.*) Llévame. Llévame adonde tú quieras. Ay, cariño. Cariño. Corazón. Vámonos. Vámonos. No. Por favor. No. Ay. Ay, Julián. Ay. Te quiero. Te quiero.

El Niño se sienta en un extremo del banco mirando a la sala. Al cabo de un tiempo, Sofía se da cuenta de su presencia.

SOFÍA— (*Con asombro.*) ¿Qué es eso? Julián. ¿Qué es eso? (*Casi como una pregunta.*) ¡Mira!

HOMBRE— (*Mirando al Niño.*) Hala...

Pausa.

SOFÍA— (*Ensimismada.*) Qué cosa más rara. (*Pausa.*) Un niño. (*Pausa.*) ¿De quién será? (*Pausa. Al Niño, directa.*) Oye, ¿de dónde has salido tú? ¿De quién eres? ¿Y dónde vives? (*Añade.*) ¿No tienes casa tú?

El Niño mira seriamente a los dos. No contesta.

HOMBRE— (*Al Niño.*) Mira... ¿me dejas un momento la pelota?

NIÑO— *(Menea la cabeza.)*

HOMBRE— *(Suave.)* Por favor.

El Niño vacila un momento antes de entregar la pelota al Hombre. El Hombre la coge, la mira un instante y la lanza a la sala. El Niño se levanta, mira donde ha ido a parar la pelota e intenta recuperarla. Mientras tanto, el Hombre abraza de nuevo a Sofía.

SOFÍA— No. Espera.

HOMBRE— Qué pasa.

SOFÍA— *(Mirando al Niño.)* No sé. Me pone como nerviosa.

HOMBRE— Pero, no pasa nada...

SOFÍA— Ya, pero... no sé. Se me ha cortado el rollo. No sé.

Han desaparecido los sonidos del mar.

SOFÍA— ¿Tienes hora?

HOMBRE— *(Ausente.)* ¿Cómo?

SOFÍA— Si tienes hora.

HOMBRE— Ah, no. No llevo reloj. *(Añade.)* Lo siento.

Pausa. El Niño vuelve a sentarse en el banco, entregando la pelota al Hombre, suponiendo que la haya recuperado. Silencio largo.

SOFÍA— Creo que me voy a casa.

HOMBRE— *(Decepcionado, en tono interrogativo.)* Bueno...

SOFÍA— *(Mirando sus pies.)* Sí. No sé. *(Levantándose, mirando al Hombre.)* Ya basta de tonterías.

HOMBRE— *(Como si fuera una pregunta.)* Vale...

Pausa.

SOFÍA— *(Ordenándose el pelo y su vestido.)* Pues, nada. Ya nos veremos. ¿Vale? *(Le da un beso fugaz en la boca.)* Ciao. *(Después de una pausa corta.)* Por favor, no te lo tomes a mal. No pasa nada. *(Mirando al Niño.)* Pero este es un rollo que no me va. Me pone muy nerviosa. ¿Entiendes? *(Después de otra pausa corta.)*

Bueno... (*Le da otro beso en la boca y pasa la mano por el cabello del Niño.*)

Ciao. (*Desaparece por un lateral.*)

Silencio.

HOMBRE— (*Ensimismado, mirando la pelota.*) Es bonita esta pelota. (*Al Niño.*) ¿Es tuya?

NIÑO— (*Inclina la cabeza afirmándolo.*)

Tiempo.

HOMBRE— Y tú, ahora, ¿adónde vas?

NIÑO— (*Después de una breve pausa.*) Tú también tienes muchas preguntas.

HOMBRE— (*Mirándole, confuso.*) Hombre...

Pausa larga.

NIÑO— (*Súbito.*) Yo me llamo Juan.

HOMBRE— (*Ausente.*) ¿Cómo?

JUAN— Me llamo Juan.

HOMBRE— Juan.

JUAN— Sí. (*Después de una pausa.*) ¿Y tú?

HOMBRE— (*Desconcertado.*) ¿Yo? (*Después de una pausa.*) Miguel. Me llamo Miguel.

JUAN— ¿Miguel?

MIGUEL— Sí. (*Después de otra pausa, leve.*) Oye, me gusta tu nombre, ¿sabes?

JUAN— Sí. A mí el tuyo también. (*Sonríe.*)

Tiempo. Vuelven, desde muy lejos, los sonidos del mar.

MIGUEL— (*Devuelve la pelota a Juan y se levanta.*) Bueno, Juan...

JUAN— (*Con la pelota entre las manos se pone también de pie.*)

MIGUEL— Yo ahora me voy. Tú sabes cómo llegar a casa, ¿verdad?

JUAN— (*Inclina la cabeza afirmándolo.*)

MIGUEL— Pues, nada, Juan... (*Pasándole la mano por el cabello, casi como una pregunta.*) Adiós. (*Da unos pasos y se da la vuelta. Inseguro.*) Encantado, pues... (*Desaparece rascándose la cabeza.*)

Al cabo de un tiempo, la luz baja lentamente mientras suben los sonidos del mar y empiezan, desde el fondo de la escena, a derramarse sobre el resto del escenario y, en unión con el aumento de oscuridad, a devorarlo todo: la playa, el paseo y a Juan con la pelota, vertiéndose después a la sala, inundándola toda, y en medio de este ruido espantoso se escucha quizás, muy vagamente, algo como música, una música posiblemente religiosa.

Telón final.